



humb  
bu

«Una nueva delicia  
del mejor escritor de la India.»  
*The New York Times*

*El vendedor  
de dulces*  
R. K.  
Narayan

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *The Vendor of Sweets*

© del texto, R. K. Narayan, 1967

© de la traducción,

Laura Manero Jiménez, 2011

© de la ilustración de cubierta,

Albert Asensio, 2011

© de esta edición, Editorial Casals, S.A., 2011

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Coordinación de la colección:

Jordi Martín Lloret

Diseño de la colección:

Nora Grosse, Enric Jardí

Primera edición: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-8343-148-1

Depósito legal: M-26811-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Edigrafos, S.A.

Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción,  
distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser  
realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase  
a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);  
91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# *Índice*

Capítulo uno	9
Capítulo dos	19
Capítulo tres	29
Capítulo cuatro	51
Capítulo cinco	63
Capítulo seis	87
Capítulo siete	117
Capítulo ocho	135
Capítulo nueve	151
Capítulo diez	159
Capítulo once	173
Capítulo doce	183
Capítulo trece	217
Glosario de términos en hindi	233

# Capítulo uno

—Conquista el gusto y habrás conquistado el yo —le dijo Jagan a su interlocutor, que preguntó entonces:

—¿Para qué conquistar el yo?

—No lo sé, pero todos nuestros sabios aconsejan que así lo hagamos —contestó Jagan.

El interlocutor perdió interés en la pregunta; su objetivo era únicamente el de estimular la conversación mientras ocupaba el bajo taburete de madera que había junto a la silla de Jagan. Este se sentaba bajo una reproducción enmarcada de la diosa Lakshmi que colgaba de la pared y a la que, a primera hora de la mañana, ofrecía siempre sus oraciones colocando con reverencia una guirnalda de flores de jazmín en lo alto del marco; también encendía una barrita de incienso que clavaba en una grieta de la pared. Los aromas del jazmín y el incienso impregnaban el aire y se mezclaban imperceptiblemente con la fragancia de los dulces que se freían en el *ghee*, en la cocina que quedaba al otro lado del vestíbulo.

El interlocutor era un primo, aunque resultaba difícil explicar cómo había acabado recibiendo ese apelativo, ya que

afirmaba ser primo de muchos otros de la ciudad (a veces totalmente incompatibles). Sin embargo, era capaz de abrumar con genealogías al escéptico que pusiera en duda su palabra. Era un hombre de mundo y visitaba muchos lugares y muchas casas desde la mañana hasta la noche, y cada día, siempre a eso de las cuatro y media, llegaba y le dirigía una breve mirada y un asentimiento de cabeza a Jagan, pasaba directamente a la cocina y salía de allí diez minutos después, limpiándose la boca con la esquina de un paño que llevaba al hombro y comentando:

—Puede que haya que estar atentos a la situación del azúcar. He oído decir que el Gobierno quiere subir el precio. Hoy la harina de trigo estaba bien. Ayer le canté un poco las cuarenta a ese proveedor cuando pasé por Godown Street. No me preguntes qué fui a hacer allí. Tengo amigos y parientes por toda la ciudad, y todo el mundo quiere que asista a esto o a lo otro. No me quejo de estar al servicio de los demás. ¿Qué valor tiene la vida a menos que nos sirvamos y nos ayudemos unos a otros?

—¿Has probado el nuevo dulce que ha creado hoy el cocinero? —preguntó Jagan.

—Sí, desde luego. Es delicioso.

—Ah, pues me parece que no es más que una vieja receta con una nueva forma. Todos los dulces son iguales a fin de cuentas. ¿No te parece?

—No, señor —dijo el primo—. Yo sigo viendo mucha diferencia entre un dulce y otro. Espero no acabar convirtiéndome en un *yogi* y perder el gusto por todos.

Fue entonces cuando Jagan pronunció su brizna de filosofía: «Conquista el gusto y habrás conquistado el yo.» Siguieron conversando así durante media hora más, y luego Jagan preguntó:

—¿Sabes lo que como ahora?

—¿Algo nuevo? —se interesó el primo.

—He dejado la sal desde esta misma mañana —dijo con un aura triunfal. Se sintió satisfecho al ver el efecto logrado y amplió la explicación de su teoría—: Solo hay que tomar sal natural.

—¿Y qué es la sal natural? —preguntó el primo, y añadió—: ¿La sal que se te seca en la espalda cuando has corrido un kilómetro y medio bajo el sol?

Jagan hizo una mueca al visualizar esa burda imagen. Su aspecto era el de un alma incorpórea que flotaba por encima de la mugre de este mundo. A sus cincuenta y cinco años, su apariencia era liviana y como de duende, su piel morena era translúcida, su frente ascendía suavemente hacia una sombra de calvicie de un tono nogal y, por la parte de atrás, el pelo le caía sobre la nuca en un par de ondas entrecanas. Su mentón estaba cubierto por una barba blanquecina porque solo se afeitaba muy de vez en cuando, y es que sentía que mirarse al espejo todos los días era una costumbre europea intolerable. Vestía una *jibba* holgada sobre su *dhoti*, ambos de un tejido hilado por su propia mano; cada día hilaba durante una hora y producía hilo suficiente para satisfacer sus necesidades en cuanto al vestido. Nunca había poseído más que dos conjuntos de ropa al mismo tiempo, y entregaba todo el hilo que le sobraba, en cuidadas madejas, a un comité local de telares manuales a cambio de unas monedas. Aunque el dinero que ganaba así no llegaba ni a cinco rupias al mes, sentía una emotiva ilusión al recibirlo, pues había iniciado esa costumbre cuando Gandhi visitara la ciudad, hacía ya más de veinte años, y le habían elogiado mucho por ello. Llevaba un estrecho par de lentes

de forma almadrada y montura amarillenta, y se asomaba al mundo por encima de su pálido armazón. Los hombros se los cubría con un chal de *khaddar* de un estridente estampado amarillo y calzaba sus pies con gruesas sandalias hechas del cuero de un animal que había muerto de viejo. Al ser seguidor de las ideas de Gandhi, explicaba: «No me gusta pensar que hayan tenido que cortarle el pescuezo a una criatura viviente para dar comodidad a mis pies», y eso lo obligaba a hacer de vez en cuando excursiones hasta aldeas remotas donde le habían dicho que había una vaca o un ternero a punto de morir. Cuando conseguía la piel, la empapaba en una solución especial y luego se la llevaba a un viejo zapatero que conocía y que tenía su pequeño taller de remiendos bajo un árbol del recinto de la Misión Albert.

Cuando su hijo tenía seis años, el pequeño era un alegre seguidor de las actividades curtidoras que Jagan realizaba en la veranda de la parte de atrás de la casa, pero al ir creciendo empezó a quejarse del hedor cada vez que su padre llegaba con cuero. La mujer de Jagan resultó ser aún menos tolerante que su hijo; se encerraba en un cuarto y se negaba a salir hasta que su marido hubiese terminado de curtir. Puesto que era un proceso prolongado que se alargaba durante varios días, bien puede entenderse el trastorno que suponía para la familia cada vez que Jagan pretendía renovar su calzado. Se trataba de una operación complicada y peligrosa. La presencia del cuero en la casa amenazaba con malograr la vida familiar: durante las primeras etapas del curtido, tenía que guardar el cuero donde su mujer no lo viera, en el cobertizo del combustible, y allí corría el riesgo de que las ratas lo mordisquearan. Un día, cuando su mujer yacía ya en su lecho de muerte, llamó a Jagan

para que se acercara y le murmuró algo al oído. Él no logró entender sus palabras, pero se sintió abatido al creer que a lo mejor le había dicho: «Tira ese cuero.» En deferencia a lo que quizá fuera su último deseo, Jagan se encargó de regalar a una misión hasta el último pedazo de piel que había en la casa y se sintió contento porque, así, animaría a más personas a llevar calzado no violento. Después de aquello, se limitó a confiar en el zapatero de la Misión Albert para que le suministrase esos zapatos suyos tan difíciles de conseguir.

La alusión de su primo a la sal natural había desestabilizado su delicado equilibrio interior y había conseguido que se le pusiera toda la cara colorada. El primo, satisfecho con el efecto de sus palabras, intentó restablecer su estado anímico con un comentario agradable.

—Has simplificado tu vida por completo y te has vuelto absolutamente autosuficiente, como le decía el otro día al secretario de la Cooperativa...

Con ello logró su cometido, y Jagan repuso:

—Tampoco tomo azúcar, como bien sabes. Considero que veinte gotas de miel en agua caliente son lo más adecuado, y esa es la forma natural de tomar todo el azúcar que necesitamos.

—Has perfeccionado el arte de vivir de la nada —dijo el primo.

Alentado, Jagan añadió:

—También he dejado el arroz. Hiervo un poco de trigo molido a la piedra y lo tomo con miel y verduras.

—Y, aun así —dijo el primo—, no logro entender por qué sigues trabajando y ganando dinero. ¿Para qué te tomas tantas molestias? —Gesticuló con las manos en dirección a los dulces que se exhibían en las bandejas del escaparate, pero se



interrumpió a tiempo, antes de preguntarle por qué habría de esperar que los demás siguieran comiendo dulces solo para que él pudiera prosperar.

Tenía la sensación de haber dicho ya suficiente y se removió en su asiento. Se acercaba la hora en que Jagan echaba sus cuentas, y el primo sabía que tendría que marcharse, pues al vendedor de dulces no le gustaba que los demás vieran su dinero.

Esa hora eran las seis, cuando ya se había hecho la mayor parte de las ventas del día y el chico del mostrador entraba con la recaudación principal de la jornada. En ese momento, Jagan casi se veía a sí mismo como un monarca sentado en su trono, pasando revista a su pueblo (que consistía en los cuatro cocineros de la cocina y el chico del mostrador) y aceptando sus tributos. El trono era una silla plana de madera, cubierta por un delgado cojín y elevada sobre una plataforma que estaba estratégicamente colocada para desde ella poder vigilar todos los confines de su reino de dulces. La silla, con sus relucientes tiras de latón en los brazos y el respaldo y con sus patas talladas, tenía casi un siglo de antigüedad. La había confeccionado especialmente su padre cuando construyera la casa de detrás de la estatua de Lawley. Lo normal habría sido que no se hubiese molestado en diseñar ningún mueble, puesto que la familia siempre se sentaba en el pulido suelo, pero a menudo recibían la visita de un tal señor Noble, un inglés, el Recaudador del Distrito, que acudía a que le enseñaran astrología. Sentarse en el suelo le resultaba doloroso al caballero, y más doloroso aún levantarse desde esa posición sedente al final de las clases. Entre las preciadas posesiones abandonadas en el desván había un retrato suyo firmado que el tiempo había madurado y amarilleado; en algún momento de la historia familiar, sin

embargo, alguien bajó esa fotografía al piso de abajo, los niños jugaron con ella durante una temporada y luego aprovecharon su marco con cristal para enmarcar la reproducción de una deidad y colgarla, mientras que la fotografía con su paspartú iba de un lado a otro y los niños observaban fascinados las patillas del señor Noble y se pasaban las tardes riendo. También se abanicaban con ella en verano, cuando hacía mucho calor, hasta que al final volvió a desaparecer en el desván, entre viejos libros de cuentas y otros trastos olvidados de la familia.

Sentado allí, Jagan se sentía realizado. Por un lado podía oír, ver y oler todo lo que sucedía en la cocina, de donde salía un tráfico continuo de bandejas cargadas de coloridos dulces en dirección al mostrador. Siempre que le llegara el siseo y el chisporroteo de la fritura desde la cocina y que las bandejas fueran pasando, Jagan no prestaba atención, su mirada seguía estoicamente clavada en las líneas en sánscrito de un ejemplar del *Bhagavad Gita* encuadernado en rojo. Sin embargo, en cuanto se producía la más breve pausa en esos chisporroteos, sin levantar la vista del texto sagrado exclamaba: «¿Qué pasa?» El cocinero jefe le daba la respuesta de costumbre: «Nada», y eso tranquilizaba a Jagan y le permitía regresar a las sagradas palabras hasta que de nuevo percibía una falta de actividad en el mostrador, y entonces gritaba: «¡Capitán! Esa niña de la falda amarilla, pregúntele qué es lo que quiere. ¡Lleva ahí de pie un buen rato!» Su grito alertaba al dependiente del mostrador además de al vigilante de la puerta, un antiguo soldado vestido de uniforme militar que tenía tendencia a echarse un sueñecito en su asiento de contrachapado. O a lo mejor otras veces gritaba: «¡Capitán, ese mendigo no tendría que estar aquí más que los viernes! Esto no es una casa de beneficencia.»

Cuando el amo contabilizaba las ganancias del día, los alrededores callaban. Aunque el chico del mostrador reunía todo el dinero, no era quién para conocer el total. Él se limitaba a echar todas las *paise* que recibía en una jarrita de bronce de cuello alto y luego la entraba a las seis en punto, volvía a su sitio y hacía una segunda entrega en un bote más pequeño a las siete, cuando se bajaban las persianas.

Jagan no contó aún el dinero, sino que siguió leyendo las palabras del Señor. Sin tener que alzar la mirada, supo que los cocineros habían terminado de freír, percibió el bisbiseo del horno cuando apagaron el fuego, el estrépito de las sartenes y los cucharones mientras los lavaban, y también los pasos que se acercaban: cuatro pares de pies desde la cocina y un par más desde el mostrador, el que entraba las bandejas con las sobras como última tarea del día.

Entonces, cuando supo que los tenía a todos reunidos frente a su escritorio, hizo la imprecisa pregunta de siempre:

—¿Cuánto ha sobrado?

—No mucho.

—Sé más concreto.

—Dos *seers* de *mysore pak*.

—Se pueden vender mañana.

—Y de *jilebi*, medio *seer*.

—Mañana no estarán tan buenos. Está bien, vete.

El chico del mostrador dejó las bandejas con las sobras y se marchó discretamente. Los cocineros seguían esperando su permiso para irse.

—¿Están todas las ventanas cerradas? —preguntó Jagan.

—Sí.

Jagan se dirigió entonces al cocinero jefe:

—Mañana no hagas *jilebi*. ¿Qué tienen de malo? —le inquietaba pensar en las sobras. Torturaban su pensamiento, era como si se le hubiese metido una astilla dentro del cráneo. Le encantaba ver regresar a la cocina las brillantes bandejas limpias al final del día. Empezó a oírse un murmullo de discusiones y entonces Jagan preguntó—: ¿Qué hacemos con lo que ha sobrado?

El cocinero jefe, con su voz tranquila de siempre, respondió:

—Mañana probaremos otro dulce, si me lo permite. No habrá problemas de sobras. Siempre podemos triturarlo todo otra vez y freírlo de nuevo con otra forma.

—A fin de cuentas, todo consiste en harina, azúcar y sabores... —añadió Jagan filosóficamente, intentando tomar una decisión a la que desde el principio se había resistido. Sin embargo, al fin y al cabo uno tenía que ser práctico, sobre todo con la subida del precio de los alimentos.

Cuando sus empleados se marcharon, él guardó el libro sagrado y abrió a medias el cajón de su escritorio. Lo tenía acolchado con un paño doblado para amortiguar el sonido de las monedas cuando vaciaba la jarrita de bronce. Sus dedos separaron rápidamente las de diferentes valores con los ademanes de un virtuoso pasando los dedos sobre las teclas: las de veinticinco *paise*, las de cinco y las de diez rupias. Sus ojos barrieron toda la colecta con la mirada y llegaron al cómputo final en quince minutos. Jagan apuntó una cantidad en un pequeño cuaderno y después realizó anotaciones más elaboradas en un libro de contabilidad que cualquiera podía inspeccionar. En su pequeño cuaderno solo apuntaba el dinero que entraba después de las seis de la tarde, el del bote más pequeño. Ese dinero pertenecía a una categoría independiente: él lo consi-

deraba un dinero libre, significara eso lo que significase, nacido de una especie de inmaculada concepción, de generación espontánea, procedente de sí mismo y con derecho a subsistir sin que ningún impuesto tuviera conocimiento de él. En cuanto tenía ocasión lo cambiaba por billetes nuevecitos, los ataba en un fajo y los guardaba en el desván de su casa para que le hicieran compañía al retrato del señor Noble.

Jagan dirigió una última mirada a las monedas del cajón, lo cerró cuidadosamente con llave, tiró del asa cuatro veces y retiró la silla haciendo bastante ruido. Cerró la puerta con un enorme candado, giró la llave y se la guardó en el bolsillo.

—¡Capitán! Compruebe si el candado está bien cerrado —dijo entonces.

El capitán agarró el candado con gesto marcial, como si fuera una granada de mano, y le dio un último tirón.

—Es un candado muy fuerte, señor, hoy en día ya no se encuentran. Sé de candados. Este debieron de fabricarlo en una fundición de pueblo. —Y se extendió sobre el mundo de los cerrojos y los cerrajeros.

Jagan lo interrumpió con un:

—Bueno, mantenga la guardia.

El capitán le dirigió un saludo militar y ese fue el final del día.